

EL PUNZÓN DE OCTUBRE

Mi teléfono sonaba insistentemente, me apresuré a tomar el auricular y una inmensa alegría recorrió mi pensamiento al conocer la voz inconfundible de mi único hijo. Sin poder evitarlo se fueron hilvanando recuerdos de mi pasado. Recordé mis primeros años de casada, la llegada de mi único heredero, la pena inmensa cuando mi esposo falleció trágicamente al caer de su cabalgadura.

Han pasado casi veinte años de mi temprana viudez. Me quedé en mi pequeño campo ubicado en la ribera del hermoso Rio Maullín. Allí conocí el trabajo brutal de sobrevivir con las labores de madre, dueña de casa y señora del predio. Me presenté y fui conocida en la feria ganadera como la viuda linda y aunque tuve muchos pretendientes nunca le di padrastro a mi retoño. Siempre tuve mucha facilidad para carnear animales vacunos, de diferentes portes, además de lanares y chivatos. Puedo señalar por lo anterior que tengo mucha experiencia con las armas blancas y en especial, una denominada punzón, la cual me enseñó a dominarla un gañán que se vestía a lo gaucho. Siempre tenía su frase típica “mande doña”, tal como el de la televisión, me relataba que echaba de menos sus pagos y su baile, la chacarera.

“Aló Clarita?”. Era la voz de mi hijo Germán que sonaba como trino de ruiseñor. Tenía mucha ansiedad y casi atropelladamente comenzó a contarme que tenía que viajar junto a su esposa Berenice, una profesional Colombiana y mi nietecito de solo 3 añitos, a una pasantía a EEUU, al estado de Arizona ya que habían ganado sendos concursos dado su calidad como doctores. Me agregaba que necesitaba que fuera a cuidar su departamento ubicado frente a la Plaza Italia, en Santiago. También me aclaraba que su nana, mujer de mucha confianza, iba a encargarse de todas las compras y quehaceres,

pero que solo laboraba de Lunes a Viernes. “Madre querida, tienes que venir para que nosotros viajemos con tranquilidad”, me suplicaba.

Todo sucedió muy rápido, y en un fin de semana me vi viajando a la metrópolis. Previamente había dejado todo coordinado con mi campero, hombre muy responsable, que junto a su mujer y a dos hijos quedaron a cargo del campo.

La verdad es que a mi llegada a la capital, prácticamente no tuvimos oportunidad de hablar mucho con los viajeros, ellos debían rumbar al país del norte el día siguiente. Después de darme instrucciones muy simples quedé a cargo del lindo pisito del Galeno, hijo de mis entrañas.

Efectivamente la Sra. que le trabajaba a Germán era muy agradable. Su trabajo era puertas afuera y su jornada comenzaba tipo 11 am y se retiraba a las 18 hrs. Me comentaba que tenía que tomar dos movilizaciones con casi dos horas viajando. Lo encontré de locos. Pobres capitalinos.

El departamento como lo señalé estaba a media cuadra de la citada plaza. Se ubicaba en el segundo piso, mirando hacia el Parque Forestal, con ventanales muy amplios que otorgaban una vista hermosa. Justo enfrente se observaba un gran árbol añoso, majestuoso. Allí, todas las tardes me entretenía al ver cientos de pájaros que llegaban metiendo un fenomenal ruido. Creo que mi obsesión por este gigante verde era porque me recordaba al sur lluvioso que ya extrañaba.

Una tarde noche, tipo 21 horas, de un calor fastidioso de fines de Septiembre de 2019, me sorprendí cuando estasavecillas volaron repentinamente como si un gran susto les hubiere violentado su tranquilidad.

Como soy campesina y conozco el mundo silvestre, curiosamente cada dos o tres días ocurría este extraño fenómeno. Más nunca me di cuenta de lo que pasaba en ese hermoso árbol verde oscuro. Al menos hasta ese momento.

Esta historia comienza a tomar forma cuando una tarde salí a caminar para calmar el calor y tomar aire. Recuerdo que salí del departamento, calculo a las 20.15, y caminé distraídamente, di vuelta a la manzana, me entretuve con unos jóvenes que hacían piruetas en las esquinas y solicitaban monedas a los conductores. La verdad es que no se con exactitud, pero calculo que debería haber pasado una hora cuando decidí regresar calmadamente al dpto. Es lo último que recuerdo.

Cuando volví en sí, me estaba levantando del suelo. Alcancé a escuchar una carrera y creí divisar el bulto de un hombre que corría en dirección contraria. Como pude me levanté y me encaminé al edificio. Me dolía terriblemente la cabeza y observe tenía la cara ensangrentada.

Desesperaba y asustada me metí en la ducha y lentamente comencé a reaccionar y tratar de organizar mis pensamientos. Me di cuenta que estaba semi aturdida y claramente no tenía en claro lo que me había pasado. Poco a poco me fui calmando y pude darme cuenta que solo me faltaba una pequeña carterita pequeña que llevaba en mis manos, creo que tenía dentro un billete de veinte mil pesos. Felizmente no andaba con ningún documento personal.

Era lo único que me faltaba, además de tener mi ropa manchada de sangre y el dolor de cabeza que aun persistía.

La verdad es que a mis 54 años nunca había pasado por un incidente como lo relatado. Soy una mujer dura y que a pesar de mi metro 65 me considero una mujer no débil, todo lo contrario.

Nunca comenté nada de este hecho a nadie, me las guardé aunque una sorpresiva actitud de rabia me comenzó a roer mis entrañas.

Paulatinamente este triste episodio fue quedando atrás. Volví a fijarme en mi amigo verde, el árbol del frente. Siempre lo mismo, pajaritos que planeaban majestuosamente y se posaban en los brazos añosos de este imponente verde, pero que periódicamente arrancaban desesperadas.

Un atardecer, tipo 21 hrs. miraba este árbol casi embrujada cuando observé que desde sus ramas, bajó sorpresivamente un sujeto de unos treinta y tantos años, delgado y de aspecto atlético, que al aterrizar en la vereda corrió y sin más, atacó a una mujer joven que pasó justo debajo del frondoso verde. La muchacha trató de defenderse pero este verdadero animal, le tiró violentamente la correa de su cartera, logrando su cometido y huyó perdiéndose en la oscuridad del ocaso. La mujer comenzó desesperadamente a seguir a este delincuente, aunque nunca supe lo que finalmente ocurrió.

Mi corazón comenzó a galopar como tractor en cuesta. Y en ese momento me di cuenta de lo que me había ocurrido unos días antes. Este malvado me había asaltado desde la altura del frondoso árbol.

Desde ese día me instalaba a observar el sitio del suceso. La verdad es que pasaron muchos días y creí que nunca más volvería a verlo atacar nuevamente a este mal nacido.

Nunca supe de donde saqué tanto odio a este sujeto, pero mi alma ya estaba envenenada.

Muy cercano a este lugar se instalaba una feria enorme con miles de mercaderías y coleros con cientos de cosas curiosas. Al llegar allí, comencé a buscar un punzón y para mi sorpresa no me fue difícil encontrar esta arma de unos veinte centímetros de largo, con una empuñadura de cuerno de alce.

De nuevo en mi puesto de vigilancia, miraba por horas este enorme y frondoso árbol. En una ocasión observé a los alados chillando furiosos y me di cuenta que el motivo de estas estampidas eran ocasionadas por este dañino sujeto que las asustaba al subir por el ramaje.

Pasarían unos cinco días y observando el lugar en que este malhechor atacaba, por fin pude verlo subir, como un verdadero gato y presto a atacar a una nueva víctima.

Nunca podré explicar tanto odio en mis entrañas, pero la verdad es que casi sin darme cuenta, en un instante estaba a diez metros del lugar de los ataques de este desgraciado. Esta vez andaba preparada con zapatillas y ropa ligera y me acerqué al árbol, como señuelo. Al instante el tipo se descolgó y trató de atacarme, pero yo me anticipé y rápidamente lo abracé del cuello, y le asesté un golpe con el punzón a la altura de las costillas. Al maldito solo se le escuchó un quejido, trastabilló y finalmente salió corriendo. Sin embargo a unos 40 metros lo vi caer para no levantarse más.

Al día subsiguiente salió en la Televisión que un delincuente había sido encontrado muerto en el mismo lugar donde lo vi caer por última vez. La información policial indicaba

que el sujeto contaba con un amplio prontuario criminal y se indicaba la hipótesis de un ajuste de cuentas.

Los primeros días del mes de Octubre del año 2019 regresaron mis amados familiares. Fueron todo un éxito sus tres meses en Arizona. Gentilmente llegaron con regalos para esta madre, suegra y abuela. Mi nuera Berenice, hermosa como siempre, me trajo unos perfumes con apellido de actores de fama mundial.

Para despedirme y a manera de agradecimiento, mi hijo amado me invitó a conocer el Cajón del Maipo. Allí en un momento de descuido de mis acompañantes, lancé a un barranco el punzón de la venganza.

Llegado el momento de regresar a mi querido sur de Chile, quedé muy preocupada por el estallido social que se produjo ese mismo mes y año en Santiago. Al ver caos por todos lados, solo me tranquilizó saber que mi hijo y su familia decidieron cambiarse de domicilio justo antes de los disturbios y que yo de alguna forma había hecho un acto de justicia, aunque haya sido de la peor manera.